

crítico y erudito iba a tener, por fin, desarrollo. Pero habían pasado cuatro terribles años españoles. Quizá ese paréntesis explique el esguince, el aparente barquinazo de las actividades del poeta a partir de 1940. ¿Es quizá otro hombre? He contado en otro sitio cómo en ese decenio que empieza en 1940 Luis Rosales se dedicó con —¡quién lo diría!— inquebrantable puntualidad a acudir a la sección de manuscritos de la Biblioteca Nacional y a leerse —por las buenas— los tomos poéticos, que iba pidiendo siguiendo la numeración. Todo lo que le llamaba la atención lo iba apuntando. El poeta, sin dejar de serlo, había, pues, descubierto la erudición. Llegó así a reunir un copioso y precioso archivo de datos que hemos utilizado todos los trabajadores españoles o extranjeros que se lo hemos pedido, porque Rosales ha sido siempre generosísimo en comunicar su tesoro.

Las pesquisas de Rosales en la Sección de Manuscritos de la Biblioteca Nacional iban en especial encaminadas a seguir una línea que él intuitivamente había descubierto. Las historias de la literatura, después de Garcilaso, durante los siglos XVI y XVII, apenas prestan atención a lo que no sea el desenvolvimiento de la poesía de origen italiano. El gusto por la lírica de Villamediana y la del conde de Salinas le llevó a Luis Rosales a hacer un descubrimiento que creo original; por lo menos, no sé que nadie lo haya formulado de manera tan neta; aparte de la poesía endecasilábica, la antigua sentimentalidad de los Cancioneros, General, de Resende (en portugués y en castellano), etc., fluye subterránea y continuamente a lo largo del Siglo de Oro; en los manuscritos de la Nacional se comprueba esa fluencia que aflora aquí y allá en la obra de Villamediana. A él dedicó mucha atención y mucha vida nuestro poeta, y así fueron surgiendo antologías de las obras de Villamediana; luego, una edición de todas ellas, preparada por Rosales, pero en la que no quiso que apareciera su nombre por precipitaciones editoriales de última hora, y el ensayo *La poesía cortesana*, publicada en homenaje de quien firma estas líneas, que desarrolla esta tesis con gran acierto y novedad.

También le interesó mucho la figura tan importante como desvaída en los manuales del conde de Salinas. A ella dedicó una laboriosa y afortunada investigación, que en el original a máquina ocupa 800 folios. Rosales, siempre insatisfecho, no ha dado aún —¡qué le vamos a hacer!— los pasos decisivos para que llegue a la impresión. Fue la tesis de su doctorado en la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid y obtuvo calificación máxima.

Otras veces ha llevado su atención a la poesía moderna; en *Muerte y resurrección de Antonio Machado* ha hecho un análisis de pene-

trante intuición en uno de los poemas más inquietantes del gran poeta.

La actividad de Luis Rosales se ha dirigido hacia otras muchas metas: ya a la filosofía del lenguaje, a la que ha dedicado un largo ensayo: *Algunas consideraciones sobre el lenguaje*, ya a la historia del siglo xvii, como en su estudio sobre *La alianza anglo-española de 1623*, ya a las relaciones de historia y literatura, como en el artículo *Algunas reflexiones sobre la poesía satírico-política bajo el reinado de los últimos Austrias* (y debo decir que sobre este tema de la sátira ha reunido Rosales un inmenso acopio de datos que esperamos se conviertan algún día en una obra definitiva). Mientras tanto, en libros en prosa, como *El contenido del corazón* (que iba publicando por estos años en la prensa), seguía predominando netamente el poeta. Pero es imposible mencionar aquí la totalidad de la obra dispersa e inédita de Luis Rosales. Detengámonos ante su más demorada aportación a la crítica literaria.

El libro de mayor empeño de Luis Rosales, crítico e investigador literario, nos muestra también reunidas esas dos tendencias o aspiraciones que —junto a la fundamental: la poesía— hay en su alma: anhelo de conocer hechos —en fin, erudición— y deseo de interpretarlos, ligándolos y relacionándolos dentro de los órdenes del pensar humano, es decir, filosofía. La dualidad intrínseca al título también lo expresa: *Cervantes y la libertad*. Y aun del título mismo nos sale una tercera perspectiva, que la principal preocupación filosófica de este poeta no es de carácter estético, sino ético, moral; es la conducta humana en la obra y en la mente de Cervantes su principal preocupación.

De este libro sólo se ha publicado una parte, si bien la más extensa, según declara el autor, la que lleva por título *La libertad soñada*; otras dos, anunciadas sólo, serían *La libertad real* y *La libertad artística*. Así y todo, esta única primera parte que hasta ahora tenemos forma dos volúmenes, que suman más de mil páginas de caja nutridísima. Rosales no abdica nunca de su cualidad fundamental: la de poeta, y en este libro, tampoco. Y ahora, la triple confluencia: la predominante de poeta, la de historiador minucioso de la literatura y la de filósofo no dejan de producir en libro de tal volumen algunas perturbaciones que pueden quizá desorientar al lector.

Enormes incisos en el desarrollo discursivo, bromas y divertimientos; modificaciones en el plan, que ha cambiado varias veces de meta; digresiones polémicas, siempre corteses, pero que pueden, sin embargo, ser de tono muy vivo; paréntesis para contar al paso una anécdota humorística; todas estas características dan a este libro de Rosales una fisonomía muy peculiar, y que seguramente resultará escandalosa para

tantos críticos como se estilan, que ocultan su terrible oquedad sentimental e intelectual con austeros ropajes del más intransigente cientificismo. Y no es que yo, en trance de escribir un libro de esta clase, me hubiera echado el mundo a la espalda, como Rosales lo ha hecho de manera muy cervantina, y quizá para apropiarse su libertad como un auténtico personaje del *Quijote*. Creo, sin embargo, que, bajo su abigarrada y escandalosa apariencia, se abren en *Cervantes y la libertad* grandes perspectivas de apasionante novedad y se dicen sobre el arte del gran novelista palabras reveladoras, gracias a las cuales quedan juntas, ordenadas y apretadas en haces, muchas de las hebras que se nos presentaban como independientes y aun contradictorias en la tan variadamente dispersa obra cervantina.

Rosales plantea sus temas con seriedad absoluta y con completa fundamentalidad. No sabemos lo que es Cervantes—si hemos de ser sinceros—ni tampoco lo que es la libertad. Asediar este último concepto será la primera tarea, y a esto se dedican las 140 páginas iniciales del libro. Sólo después de esta larga introducción se puede entrar en la relación binaria que anuncia el título *Cervantes y la libertad*. Quienes por cervantismo entiendan ante todo—como creo que hay que entender—el conocimiento, meditación e interpretación de la obra de Cervantes y no los pormenores de su vida (aunque este conocimiento biográfico no se puede tampoco desdeñar—ni Rosales lo desdeña--) quienes piensen así, al avanzar por la lectura de *Cervantes y la libertad* se irán quedando asombrados del cervantismo de Rosales, de lo mucho que sabe este poeta, de la diversidad e intensidad de sus lecturas; es una inmensa masa de conocimientos, un penetrar hondo y pormenorizado en todos los repliegues de la obra cervantina, de la obra misma y de la literatura de exegetas y escoliastas; todo basado, descansado y serenado en una impregnación honda de la literatura universal y de las grandes perspectivas del pensar filosófico. Por eso el conocimiento que Rosales tiene de la obra de Cervantes está penetrantemente iluminado por la meditación y la comparación. Y no hay seguramente un libro que con tanta generosidad y valentía como *Cervantes y la libertad* trate de situarnos al gran novelista entre los ejes coordinadores del pensamiento humano. ¡Cuántos aspectos y valores cervantinos nos revela la lectura de Rosales, cuántos pormenores de la obra cobran ahora relieve, cuántos personajes que se nos quedaban desdibujados resultan ahora llenos de vida! Léanse el maravilloso y novedoso análisis de la aventura de los galeotes, el enfoque totalmente nuevo y revelador de *El licenciado Vidriera*, el precioso estudio del carácter de Marcela y los muy intuitivos de personajes de *La Galatea*

y del *Persiles*. Sobre mínimas figuras cae también la lente de Rosales: por unos instantes vive ante nosotros la hija de don Diego de la Llana, la única realidad entre las ficciones de la ínsula Barataria. Rosales nos revela cómo la meta vital y la razón profunda del existir de un gran número de personajes cervantinos es la apropiación de la libertad. Esta apropiación toma forma de evasión: evasión de sí mismo; la evasión de Quijano se llama Don Quijote; la evasión respecto al prójimo es la locura del licenciado Vidriera; la evasión del mundo, de la vida, de la Historia, está representada por toda una serie de solitarios cervantinos: Antonio el Bárbaro, Renato y Eusebia, la misma Marcela; son se diría, seres nostálgicos de la «edad dorada», inadaptados en el mundo en que les ha tocado vivir, y a ese anhelo de evasión responden también las concepciones —y aun ficciones— literarias que Cervantes recibe de su época, pero que dentro de esta clara interpretación vemos muy bien cómo se fijan y cobran nuevo sentido en la obra cervantina: los pastores, los gitanos, los innumerables aventureros, todos buscan su libertad. Vivir en la novela cervantina no es deslizarse en una rutinaria sucesión de días y noches; es una incesante busca de la libertad. Vivir en la novela cervantina es intentar la plena realización de la libertad humana.

Este intento alcanza al mismo tiempo la más completa realización local y universal en el *Quijote*. Rosales ha indagado con especial fortuna el carácter distinto de la evasión quijotesca —hacia la libertad— en la primera y la segunda parte de la obra. Con aguda intuición descubre que la diferencia entre las dos reside en la diferente violencia de esa evasión, en la distinta tensión entre el personaje que se liberta y el medio del que se desarraiga. Este choque, esta violencia, es menor en la segunda parte que en la primera; en la segunda el caballero corre la mayoría de sus aventuras ya en un palacio, ya en una ciudad, y casi siempre le rodean personas que están más o menos quijotizadas, que de algún modo comprenden la grandeza y ven con simpatía la empresa de Don Quijote. ¿Qué ha ocurrido? Sencillamente esto: que Don Quijote entra en la segunda parte ya como personaje histórico, con la aureola de su fama; ya como una mezcla (casi pirandelliana o unamunesca) de ficción con realidad; sólo que aquí, en la segunda parte del *Quijote*, la «realidad» es sencillamente la realidad literaria de la primera parte y sobre todo del eco de esta primera parte en el público; quiere esto decir que los primeros cervantistas fueron el propio Cervantes y los personajes que rodean a la pareja Don Quijote-Sancho en la segunda parte.

He tocado sólo algunos de los principales puntos de una obra tan

densamente rica como es *Cervantes y la libertad*. Las intuiciones fulgurantes abundan en ella: «la clave del estilo de Cervantes es la indeterminación», dice Rosales, y en una definición compacta nos da un principio que la crítica, creo, podía contrastar ampliamente. Yo diría que en Cervantes hay una pendular oscilación entre una determinación extremada (pormenores de objetos en el patio de Monipodio, por ejemplo) y esa desbordada o como abandonada indeterminación que postula Rosales; en esta indeterminación (¿Quijada, Quesada o Quejana?, «un lugar de cuyo nombre no quiero acordarme», etc.) reside mucho del humor, del más inimitable y adorable humor cervantino.

Dentro del campo de la Historia, Rosales ha publicado recientemente un libro clave: *Pasión y muerte de Villamediana*, cuya primera parte fue su discurso de ingreso en la Real Academia de la Lengua. En este libro Rosales vuelve valientemente a plantear el terrible problema que hay detrás de la muerte de Villamediana. Una tesis ya centenaria, repetida y ampliada en nuestros días, venía juzgando esta muerte como una especie de castigo ejemplar por un pecado nefando. Esta teoría venía a destruir las dos antiguas: la más bella y romántica, que ha dejado numerosas y brillantes anécdotas: el conde estaba enamorado de la reina, y su variante: de quien estaba enamorado el conde no era de la reina, sino de la amiga del rey. Luis Rosales bucea entre las relaciones que tejen los hechos y los desesperados poemas de Villamediana y les saca su sentido, y encuentra que los amores del conde eran, en verda, reales: de quien estaba enamorado era de la francesa Isabel, la mujer de Felipe IV. Es una maravillosa pieza, documentadísima y novedosa en el pormenor, bien templada y ajustada, perfectamente conducida en el juego de sus distintas partes.

La última obra poética de Rosales, publicada en 1969, tiene uno de sus títulos más popularizados y reveladores: *El contenido del corazón*. De este libro singularísimo quisiera hablar, y hablaré en su día, con el entrañamiento y la atención que requiere. Pero hoy, por falta de tiempo—¡ay, la falta de tiempo!—, ya no puedo continuar estas palabras para Luis.

DAMASO ALONSO